

EL DIÁLOGO: OBVIIDADES NO TENIDAS EN CUENTA¹

Massimo Nardello²

Es evidente para todos, al menos en el plano teórico, que el diálogo es un instrumento necesario de la existencia eclesial. Desde una perspectiva teológica, su valor no deriva simplemente de la necesidad de confrontación con otras personas o de la necesidad de una mayor democracia en los procesos de toma de decisiones. Si es verdad que cada bautizado ha recibido un carisma específico, el sentido de la fe, a través del cual no sólo acepta la Palabra de Dios, sino que «con recto juicio la penetra más profundamente y la aplica más plenamente en la vida» (Lumen Gentium, n. 12), el diálogo constituye el medio a través del cual es posible purificar y compartir esta comprensión individual de la Palabra de Dios. 12), el diálogo es el instrumento a través del cual es posible purificar y compartir esta comprensión individual de la palabra de Dios y llegar así a entender y practicar sinodalmente la voluntad del Señor.

Sin embargo, aunque en principio se entiende básicamente el valor del diálogo, en opinión de quien escribe sigue habiendo cierta ingenuidad en su realización concreta. En pocas palabras, no basta con reunir a unas cuantas personas en torno a una mesa y pedirles su opinión para poder decir que se ha dialogado con ellas.

En realidad, el diálogo auténtico requiere, en primer lugar, una cierta madurez espiritual que permita buscar la voluntad de Dios con un corazón puro y desinteresado, pero además exige vigilar ciertas dinámicas que podrían impedir a las personas expresarse e interactuar entre sí. Si hoy sigue ocurriendo, por ejemplo, que salimos de los enfrentamientos con la percepción de que no se nos ha escuchado ni comprendido, que no se han abordado los problemas de fondo, que nos hemos limitado a discutir lo que todos ya estaban de acuerdo..., esto significa que debemos aprender a dialogar mejor.

Objetivo

No pocas veces, el diálogo se entiende, de forma reductiva, como una simple alternativa a un estilo de coacción que impone a los demás el propio punto de vista. En realidad, el diálogo, entendido en sentido cristiano y eclesial, no tiene como finalidad fomentar una relación de igualdad entre las personas al

1 NARDELLO, Massimo, "Il dialogo: ovvietà disattese" in *Tredimensioni* 6(2009) 275-280. Traducción de F. Godiño para Retiros MFVE 2025.

2 Profesor de Teología Sistemática en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Módena (Italia).

compartir sus opiniones, sino que es un medio para valorizar a todos los miembros de la comunidad cristiana en el discernimiento de la voluntad de Dios.

Ahora bien, si el diálogo es el instrumento a través del cual una comunidad trata de comprender la voluntad del Señor, sólo puede llevar a decisiones operativas encaminadas a cambiar la praxis. Por el contrario, cuando el diálogo nunca llega a producir cambios efectivos en la comunidad cristiana - aunque sea con los tiempos necesarios - habría que preguntarse si realmente se ha dialogado de forma evangélica, si, más allá de las declaraciones de principios, el objetivo del diálogo ha sido realmente buscar la voluntad de Dios. Por ejemplo, cuando el diálogo se utiliza con el propósito de atenuar los conflictos eclesiales sin abordar sus causas, difícilmente conducirá a conclusiones operativas, ya que cualquier conclusión, al no poder ser compartida por todos, terminaría por acrecentar el conflicto; o bien, si el diálogo se lleva a cabo para no llegar a una decisión, no servirá de nada y sólo cesará por agotamiento de las personas implicadas.

Contenidos

A veces se piensa que el aspecto más difícil del diálogo es el relacional, es decir, la capacidad de tener una relación apropiada con el interlocutor; desde esta perspectiva, los requisitos más importantes pasan a ser el respeto, la comprensión del punto de vista del otro, la capacidad de explicar educadamente la propia visión de las cosas, etc.

En realidad, hay otro supuesto aún más importante: para dialogar, hay que tener algo para decir. Esto puede parecer obvio, pero no lo es, ya que las palabras con sentido nacen del silencio y la soledad, condiciones necesarias para tomar distancia de la realidad y evaluarla con mayor profundidad. Por eso, quien sabe callar también sabe hablar, aunque no siempre ocurra lo contrario.

Hay muchas señales que indican que no hay ideas muy relevantes en este campo. Una de ellas es cuando el diálogo, aunque dirigido a debatir un problema concreto y específico, acaba convirtiéndose en una «galería de desahogo» en la que cada cual, yéndose por las ramas, expresa lo que siente en el alma (quizá sin cuestionar la calidad o las consecuencias de su comunicación), lo que le pasa o las preocupaciones que le absorben en ese momento.

Otra señal de falta de contenido significativo es la repetición de lo que todo el mundo sabe: el oyente escucha las mismas cosas que él mismo podría decir fácilmente, y el orador dice las mismas cosas que podría oír de cualquiera. En esta comunicación tautológica no se consigue una visión más profunda del problema en cuestión, sino que se fosiliza la perspectiva que ya es obvia para todos: no habrá desacuerdos, pero surgirá el descontento en los interlocutores, que en algún momento acabarán cuestionándose el sentido de su encuentro.

Hacerse entender

El valor de hacerse entender requiere no sólo encontrar palabras que todos puedan entender, sino sobre todo aceptar el riesgo de equivocarse, ver comprometida la propia imagen y ver disminuir el consenso respecto a uno mismo.

Si bien esto puede no ser un problema para quienes no tienen responsabilidades particulares en la Iglesia, puede convertirse en un problema para quienes ejercen en ella un papel de liderazgo. Un líder que considere su imagen personal y su prestigio más importantes que cualquier otra cosa - incluso la fidelidad al Evangelio y el crecimiento de su comunidad - podría acabar optando deliberadamente por no hacerse entender, es decir, por no adoptar nunca posiciones claras y definidas sobre cuestiones importantes, con el fin de evitar errores desventajosos para su persona (y su carrera).

Esquivar educadamente la propia responsabilidad tiene infinidad de variantes: por ejemplo, exagerar la claridad de las propias posiciones sólo en cuestiones marginales o en decisiones en cuya bondad todo el mundo está de acuerdo, o dirigir un grupo de trabajo de tal manera que lo que el líder ha decidido de antemano resulte ser decidido por la mayoría, tal vez sin que sospechen que han sido manipulados. Otra forma de conseguir lo que uno quiere sin asumir abiertamente la responsabilidad de haberlo querido es actuar en la clandestinidad para poner a los compañeros de trabajo en una situación en la que tengan que promover la posición del líder.

Optar por no hacerse entender cuando hay que tomar posición entre grupos o ideas discordantes es más difícil, pero igualmente posible. Un líder puede elegir reunirse personalmente con los miembros de cada grupo de su comunidad dejándoles claro, en términos alusivos, que está de su parte, pero que al mismo tiempo se ve obligado a no tomar una posición clara por factores independientes de su persona; al hacerlo, cada grupo acaba creyendo que tiene al líder de su parte. Obviamente, al decir cosas distintas a cada uno de ellos, el líder debe entonces evitar la confrontación con todos los miembros de la comunidad al mismo tiempo, ya que éstos podrían comprender fácilmente la ambigüedad de su postura. En resumen, palabras alusivas de apoyo en privado y una actitud silenciosa en público. Con esta forma de camaleonismo, el líder aumenta su consenso dentro de la comunidad, ya que todos sienten que está de su parte, pero incrementa exponencialmente el conflicto entre los distintos grupos: cada uno de ellos, de hecho, acabará sintiéndose legitimado por el supuesto apoyo del líder para hacer valer su punto de vista. Es cierto que, con el tiempo, todo el mundo se dará cuenta de la ambigüedad del estilo de un líder de este tipo; sin embargo, quizás, desde el punto de vista de la imagen personal (y de la carrera), un estilo así sigue siendo más provechoso que asumir la responsabilidad de forma transparente.

Confianza recíproca

Todos sabemos que para entablar un diálogo es necesario tener una imagen mental positiva de cada interlocutor y creer que cada uno tiene la capacidad de aportar una contribución original al debate. En efecto, es improbable que uno sea interpelado por alguien que no se considera capaz de realizar un aporte significativo, del mismo modo que es improbable que alguien con ideas interesantes las exprese si no percibe cierto interés por su punto de vista.

Por eso, quien ve juzgada su propia postura con palabras como: «no sabes lo que pasa», «te falta visión de conjunto», «eres el típico derrotista», etc., es poco probable que esté dispuesto a continuar el diálogo. Es particularmente dañino cuestionar a la ligera la competencia profesional de los demás: esto puede suceder, por ejemplo, si en el consejo de asuntos económicos de una parroquia un párroco que no sabe nada de economía se apresura a descartar una valoración sobre asuntos económicos expresada por alguien que trabaja en este campo como profesional. Lo mismo puede ocurrir con alguien que se dedica profesionalmente a la teología si se lo invita a hablar sobre un asunto relacionado con su campo de trabajo y luego se toma a la ligera su opinión cuando difiere de lo que siempre se ha pensado o hecho. La confrontación con «expertos» también da lugar a la perplejidad o al desacuerdo, pero se trata de expresarlo sin cuestionar su competencia. Mejor no llamar al experto que invitarlo y luego mandarle un mensaje de desconfianza y desinterés por lo que dice.

La desvalorización de las competencias no depende a menudo de antipatías personales, sino de la suposición, a menudo tácita pero muy tenaz, de que las respuestas y soluciones tradicionales a los distintos problemas eclesiales no son ni discutibles ni modificables. En realidad, respetando las grandes opciones fundamentales, el diálogo exige que los interlocutores tengan la oportunidad no sólo de expresar su opinión, sino también de replantear la cuestión examinada, es decir, de decirse mutuamente que el verdadero problema que hay que abordar y la manera de afrontarlo no es el que se sugiere en el marco inicial del debate, sino que es otro. En opinión del autor, éste es uno de los aspectos que hacen que el diálogo entre la teología (incluida la teología pastoral y práctica) y la acción pastoral concreta sea muy complejo: en el debate teológico, de hecho, uno está acostumbrado a replantear las cuestiones con libertad, de modo que si se pide a un teólogo que aporte su grano de arena sobre un problema práctico, puede encontrarse en dificultades si no puede sugerir un nuevo planteamiento de la cuestión.

La voluntad de abordar problemas concretos

Una de las cuestiones más espinosas que hay que abordar a la hora de reflexionar sobre la acción pastoral de la Iglesia es la relación entre teoría y praxis. Afortunadamente, la mentalidad miope que consideraba la reflexión teórica prácticamente inútil para la solución de los problemas pastorales está

desapareciendo de nuestras comunidades; a estas alturas, todos somos conscientes de que, para afrontar adecuadamente los complejos desafíos del tiempo presente, las comunidades cristianas no pueden confiar únicamente en el sentido común o en la identificación de respuestas pragmáticas de bajo perfil, sino que necesitan una buena reflexión teórica, obviamente desarrollada en correlación con la praxis pastoral.

Sin embargo, esta renovada valoración de la reflexión teórica puede traer consigo ciertos malentendidos. A veces se espera que la teoría resuelva problemas que son eminentemente prácticos por naturaleza: se buscan soluciones a nivel teórico a cuestiones que, en cambio, requieren posturas pragmáticas. Por ejemplo, si en una comunidad hay algunos educadores que se comportan de forma manifiestamente impropia, es necesario hablar e interactuar con ellos; sin embargo, dado que una confrontación de este tipo siempre resulta bastante difícil y embarazosa, puede evitarse sustituyéndola por una reunión genérica de formación dirigida a todos los educadores en la que el experto de turno señala los límites de los métodos educativos que se censuran, con la esperanza de que los interesados comprendan la alusión por sí mismos y cambien su estilo sin necesidad de una confrontación directa entre ellos. En realidad, la experiencia demuestra que, normalmente, quienes necesitan entender no entienden nada y siguen comportándose como antes. En definitiva, la teoría no sirve para evitar confrontaciones difíciles, sino para vivirlas constructivamente: en el primer caso se queda en un ejercicio infructuoso de racionalidad, en el segundo se convierte en verdadero diálogo e inicia una praxis que acompaña pacientemente el camino de renovación práctica de las personas y las comunidades.

Este diálogo auténtico se convierte así en una forma de escucha de esa palabra de Dios que no nos llega en la certeza del texto bíblico, sino en la incertidumbre de las palabras, de las convicciones y de la experiencia individual y social.